

0137-47860

HISTORIA

DC 179

L3



FONDO
PEREZ MALDONADO



LIBRO NOVENO.

I.

EL gobierno había llenado de entusiasmo á todo el pueblo, haciendo cesar la efusion de sangre, protegiendo las personas, salvando las propiedades, proclamando la república y rechazando los símbolos del terror y de la anarquía. A su voz habíase restablecido la concordia entre todos los ciudadanos, resaltaba la alegría en los rostros, la fraternidad de las palabras se convertía en hechos, y la revolucion parecia una fiesta mas bien que una catástrofe.

Las disposiciones del gobierno eran secundadas por las tres pasiones mas poderosas del corazón humano: el miedo, la esperanza y el entusiasmo. Las clases ricas, la clase acomodada, la clase media de propietarios, de industriales, de comerciantes, que habían temido funda-

damente que el hundimiento del trono y el nombre de *república* fuesen la señal de las espoliaciones, de las matanzas, de los cadalsos, cuyo recuerdo se confundía hacia cincuenta años con la imágen de las instituciones republicanas, se admiraban y hasta se enternecían de ver y oír programas y decretos que repudiaban altamente toda analogía y toda relacion entre ambas repúblicas. Estas clases olvidaban por un momento las ventajas, los monopolios, los empleos públicos, los emolumentos y los favores que perdían con la caída del trono de Julio, para no pensar mas que en la seguridad que el gobierno les proporcionaba por su título y por su fortuna; y reuniéndose, agrupándose anhelosos á su alrededor, como los náufragos se asen á una tabla con la esperanza de salvar su vida, afluían al Hotel de Ville á ofrecer sus bolsas, sus brazos, sus corazones, á los hombres que se habian apoderado del timon de la sociedad para salvarla de un abismo, resignándose á la república, con tal que ella fuese la salvacion de todos.

El pueblo propietario ó industrial, que vive con el órden, el crédito, el cambio, el trabajo, habia abrigado los mismos temores y participado de los mismos sentimientos. Los proletarios, los obreros, los trabajadores, que no tienen mas capital que sus brazos, mas rentas que su salario, mas patrimonio social que su moralidad y su economía, se hallaban fanatizados de reconocimiento y de esperanzas por una revolucion que los elevaba al rango de ciudadanos, y que les restituía la participacion debida en los derechos sociales y en la soberanía política,

poniendo para lo sucesivo su suerte en sus manos. La república, admitiendo en sus consejos representantes escogidos por ellos, y algunas veces de entre sí, prometía una era providencial, de igualdad y de justicia, para una clase inmensa y desheredada largo tiempo hácia de toda participacion en las leyes. Sin embargo, no exageraban entonces ni sus quejas, ni sus derechos, ni sus exigencias; antes por el contrario, proclamaban en alta voz el respeto á la propiedad, la inviolabilidad de los capitales, la libre apreciacion de los salarios entre el trabajador y el traficante, que los proporciona en beneficio suyo. Puede decirse que la sociedad tenia la inteligencia, la conciencia de sí misma, y de lo que convenia á su conservacion y progreso. Durante medio siglo habia penetrado por todos los poros en esta parte de la poblacion, una masa incalculable de razon, de luces, de moderacion en los deseos y de moralidad religiosa; y no solo se calmaba, se resignaba, se clasificaba á la voz de un gobierno desarmado, sino que tomaba las armas para apoyarle, le concedía tiempo para las determinaciones que debia tomar en su favor, y le manifestaba su paciencia, contentándose con medio salario en sus talleres libres, ó con un débil socorro alimenticio en los talleres nacionales abiertos por los *maires* de Paris, en sus respectivos distritos. Algunos obreros rehusaban con desinterés este salario de socorro, para no agravar las cargas de la república, y algunos hasta hacían mas: reuniéndose por gremios, al solo impulso de su patriotismo, contribuía cada uno con la cuota que le era posible, y de hora en hora lle-

vaban á las arcas del tesoro el impuesto voluntario escatimado de su alimento, el diezmo de su sudor; y esto lo hacian sin ostentacion, por virtud, con las lágrimas en los ojos. Quien vió entonces á esta parte del pueblo, no desesperará jamas de ella. Es el corazon del pais, y basta conmoerlo para que salgan de él tesoros de desinterés, de resignacion y de valor. La esperanza solamente los gobernaba.

—II.

En fin, la audacia con que algunos hombres exentos de ambicion habian arriesgado su vida, poniéndose en el Hotel de Ville á la cabeza del pueblo para evitar la anarquía, y salvar al mismo tiempo la revolucion y la sociedad; la resistencia desesperada y victoriosa de estos hombres á la bandera roja, al terror, á los excesos, á las locuras que se les habian exigido, todo habia inspirado á las partes sanas de la poblacion una verdadera deferencia hácia ellos. Las relaciones de las escenas dramáticas del Hotel de Ville, estendidas y exageradas en Paris y en los departamentos por cien mil testigos, habian demostrado á la nacion que no tenia á su cabeza débiles juguetes de las insurrecciones, sino hombres capaces de hacerles frente y de vencerlas. Estas jornadas, en que algunos hombres lucharon sin ceder contra las masas armadas, habian inspirado confianza y dado una inmensa autoridad al gobierno provisional, quien, aventurando su popularidad, la consolidó, y de aérea que era, la convirtió en un poder. El nombre de Lamartine, el menos popular al prin-

cipio, se habia grabado profundamente en la imaginacion del pueblo, por sus actos y sus palabras, y su popularidad, que en vez de gastarse se aumentaba con la resistencia, habia llegado á ser para el pueblo, que lo veia y lo oia de continuo, una especie de inviolabilidad. El favor público, que lo hunde todo, sostenia al gobierno al borde de tantos abismos. Todo parecia volver á entrar naturalmente en las vias de la legalidad, de la razon, de la regularidad, del órden, por esa fuerza oculta que impulsa á las naciones á levantarse á la altura que les corresponde, cuando han caido en los trastornos y en las revoluciones. El instinto organizador de las agregaciones humanas que los materialistas denominan *hábito de la sociedad*, que la historia denomina *civilizacion*, y que el filósofo llama por su verdadero nombre, *ley divina de nuestra naturaleza, el dedo de Dios*, jamas fué mas visible al espíritu y casi á la vista del hombre religioso, que en esta crisis en que un pueblo sin gobierno, fué para sí mismo su verdadero dominador, su propia fuerza y su única ley.

—III.

Pero mientras que el antiguo gobierno se retiraba del pais y el nuevo se constituia en el interior, la Europa entera no se separaba un momento de la imaginacion de éste. Tiempo era ya de ocuparse de ella. La revolucion, la república, las disposiciones necesarias para evitar la guerra civil y hacer aceptar el nuevo régimen por la armada, por el ejército, por la Argelia;

el laborioso restablecimiento del orden en Paris, el proporcionar subsistencias á esta capital, la creacion de talleres, la organizacion de socorros para tres millones de bocas sin pan, la reorganizacion del ministerio, las medidas preparatorias para la formacion de la nueva guardia nacional en que debia alistarse á todos los vecinos; la necesidad, en fin, de renovar y estender los resortes de la administracion en un pais de tantos millones de almas, de vaciar y llenar el tesoro todos los dias, de completar el ejército, de cubrir las fronteras, de vigilar los puestos, de pronunciar arengas, de recibir los consejos y las diputaciones tumultuosas, y de rechazar los asaltos sediciosos en el foco siempre atestado de gente, siempre voraz, del Hotel de Ville, habian ocupado hasta entonces al gobierno de dia y de noche.

IV.

Hasta la noche del sexto dia de haberse instalado el gobierno provisional en el Hotel de Ville no pudo Lamartine abandonarlo para ir á tomar posesion del ministerio de negocios estrangeros. El ministro del interior y los demas ministros, que eran á la vez miembros del gobierno, encargados de los inmensos detalles de la administracion y de sus diversas atribuciones mas urgentes, habian tomado desde el 24 por la tarde la direccion de sus respectivos departamentos. Los negocios estrangeros podian esperar sin inconveniente á que se apaciguase la Francia, cuando la presencia del ministro mas en contacto con el pueblo habia sido mas necesaria

en el foco de la revolucion que en el gabinete de su ministerio.

El 27 habia nombrado á Mr. Bastide subsecretario de Estado, y rogádole que fuese en su nombre á hacer evacuar el palacio del ministerio, ocupado todavia por los combatientes, y al que un destacamento de guardia nacional de la primera legion habia preservado de la destruccion y del saqueo. El celo voluntario de estos ciudadanos y el respeto espontáneo del pueblo á los principales elementos de su organizacion social, habian sido mas fuertes que el ódio y la cólera de los insurrectos contra la habitacion del ministro fugitivo; y aunque el palacio fué invadido por la multitud, se respetó el interior de él, así como el personal, el despacho del ministro y los archivos. Mr. Bastide, hombre de sangre fria y de resolucion, á quien una larga oposicion republicana en *El Nacional* habia hecho muy popular, gozaba de una reputacion merecida de probidad. Lamartine no le conocia antes del 24 de Febrero; pero durante el tumulto de aquella noche y los asaltos del dia siguiente en el Hotel de Ville, habia llamado su atencion la actitud, el buen sentido, la impassibilidad de un hombre de elevada estatura, de rostro severo, con el continente de un soldado que se dá á sí mismo una consigna que observar, y pensado que este hombre seria un auxilio precioso en una revolucion que iba á ser un combate diario, durante muchos meses, contra la demagogia; revolucion en la cual sus gefes querian permanecer puros ó morir. Habia calculado ademas, que la notoriedad del nombre de Bastide republicano rancio, cubriría el de Lamartine, cuyo republicano

canismo, puramente filosófico hasta entonces, sería muy pronto sospechoso á la multitud. A la vista, y con la intervencion de Bastide, no era de temer que se hiciese traicion á la república; y el ministro podia moderar la revolucion en sus relaciones con la Europa, impedir ó contener la guerra, y salvar la sangre de la Francia y de la humanidad, sin ser acusado de vender á la revolucion. Bastide aceptó con modestia un puesto que le parecia superior á sus fuerzas, pues su única ambicion era servir la causa que habia abrazado, sacrificándole su reposo y su vida. Sus palabras y su carácter conmovieron profundamente á Lamartine, como si hubiese vuelto á hallar la estatua casi destruida de la incorruptibilidad en una época de intrigas, de molicie y de corrupcion.

Lamartine escogió tambien sobre el campo de batalla para gefe de su secretaria particular á Payer, jóven activo, honrado, intrépido, adicto, á quien desde el 21 de Febrero por la tarde se le habia visto siempre en los momentos mas críticos en el Hotel de Ville, en la mesa de las deliberaciones, ó al lado de aquel, y le escogió sin conocerle mas que de vista; pero no se arrepintió, porque en semejantes momentos las horas se cuentan por años, un rasgo de carácter revela una aptitud, y cuando se pone la mano sobre un hombre, es difícil engañarse sobre sus cualidades, porque se sorprende su carácter en accion.

Cuando Lamartine entró en el ministerio de negocios estrangeros, lo halló ocupado por des-

tacamentos de guardias nacionales y de combatientes. Bastide habia establecido un orden militar en el servicio, y los soldados vivaqueaban en los patios, en las antesalas, en los salones y sobre las escaleras. Mas bien que un palacio ministerial, parecia aquello una plaza de guerra.

El nuevo ministro penetró en el despacho y en la cámara de Mr. Guizot, en los que parecia distinguirse aún su sombra. Las habitaciones, el techo, las mesas, los muebles, los papeles esparcidos en el mismo estado en que el hombre de la monarquía los habia dejado en la noche del 23, todo manifestaba la partida precipitada de un ministro que cree haber salido por un instante y que ha salido para siempre. Una amiga del antiguo ministro acompañaba á Lamartine en esta primera inspeccion del aposento, y reclamó en nombre de la madre y de los hijos del proscripto los papeles íntimos, las reliquias queridas del esposo ó del padre, los objetos de pertenencia particular del ministro, y el poco oro que habia dejado allí. Lamartine hizo entregar con respetuosa inviolabilidad estas propiedades del corazon á la persona que representaba á la familia de Mr. Guizot, y se apresuró á dejar aquellas habitaciones donde dos gobiernos se encontraban y se sorprendian, por decirlo así, en tan pocas horas. Sin ódio contra la familia destronada, sin animosidad contra un hombre eminente cuya caída habria enternecido hasta á su misma enemistad, si hubiese sido capaz de ella, Lamartine no veia en este inventario mas que un triste juego de las vicisitudes políticas, la versatilidad de un pueblo, el eclipse de una gran fortuna y de un elevado talento, el lu-

to de una familia, el abandono de una casa ocupada y llena de felicidad la víspera: repugnóle, pues, habitar un aposento que habia hecho desgraciados á sus huéspedes. Aunque exento de supersticion, era sensible; y sin temor á los presagios, pero sí á los recuerdos que estas paredes despertarian en él, hizo colgar las de los salones sombríos y descubiertos del piso bajo, y resolvió aposentarse en ellos, mas bien que instalarse en un palacio que devoraba á sus habitantes.

VI.

Examinando los papeles políticos olvidados por el ministro de la monarquía sobre la mesa de su despacho reservado, Lamartine distinguió su propio nombre en uno de ellos, y la curiosidad le hizo fijar en él la vista: era una nota de su último discurso en la cámara de los diputados, tomada por Mr. Guizot, y que contenia estas palabras: "Cuanto mas escucho á Mr. de Lamartine, mas me persuado de que jamas podremos entendernos." La revolucion habia interrumpido la discusion y hundido la tribuna antes de que tuviese lugar la réplica. ¡Estrañó juego de la suerte el que habia hecho arrojar á Mr. Guizot esta nota sobre la mesa, para que la hallase su sucesor! Lamartine no vió un triunfo en ella, como no veia un despojo en aquel ministerio, donde entraba arrojado por las olas de la revolucion, sino una vicisitud, una tarea, y un acto de abnegacion que cumplir. Pasó, pues, una parte de la noche reflexionando sobre la actitud que haria tomar á la república en el exterior.

VII.

La república, tal como la entendia Lamartine, no era un trastorno completo, y enteramente á la ventura de la Francia y del mundo, sino un advenimiento de la democracia, revolucinario, accidental, repentino en la reforma, pero regular en su desarrollo; un progreso en las vías de la filosofia y de la humanidad; una segunda tentativa, mas feliz que la primera, de un gran pueblo para sustraerse á la tutela de las dinastías y para aprender á gobernarse á si mismo.

La guerra, lejos de ser un progreso para la humanidad, es un asesinato en masa, que la retarda en su camino de perfeccion y de mejora, que la aflige, la diezma y la deshonra. Los pueblos que juegan con la sangre son instrumentos de ruina y no instrumentos de vida en el mundo: estos pueblos se engrandecen á veces, pero se engrandecen contra los designios de Dios, y acaban por perder en un dia de justicia todo lo que han conquistado en muchos años de violencia. El homicidio ilegítimo no es menor crimen en una nacion que en un individuo: la conquista y la gloria lo ocultan, pero no lo disculpan: todo crimen nacional es un cimiento falso que no hunde, pero que retrasa el edificio de la civilizacion. Bajo este punto de vista filosófico, moral y religioso, y el punto de vista mas elevado es siempre el mas exacto en política, no queria Lamartine que la guerra fuese la tendencia ni la distraccion de la nueva república, porque una distraccion de sangre so-

lo puede convenir á los tiranos ó á los sectarios de Maquiavelo.

Bajo el punto de vista republicano, no disgustaba menos á Lamartine la guerra, porque preveía demasiado la inestabilidad del pueblo cuya historia había escrito, para no comprender que antes que el tiempo y las costumbres hubiesen cimentado la república, perecería á la primera victoria brillante que ganase. Al volver á París un general victorioso, acompañado de la popularidad de su nombre y apoyado por un ejército numeroso, debía hallar el ostracismo ó la dictadura. El ostracismo sería la deshonra de la revolución, la dictadura el fin de la libertad.

Por último, bajo el punto de vista político y nacional, Lamartine consideraba la guerra ofensiva como funesta á la institucion de la misma república, y como fatal á la nacion.

VIII.

La situacion de la Eureka era esta. Los tratados de 1815, base del derecho público europeo, habian reducido á la Francia á limites territoriales demasiado estrechos para su orgullo, y quizá tambien para su actividad, dejándola en un aislamiento diplomático que la hacia constantemente recelosa é inquieta. La restauracion, gobierno impuesto á la Francia, tanto como aceptado por ella, habria podido renovar sus alianzas y crear sobre el continente y sobre los mares un sistema de influencia frances, ora coaligándose con la Alemania contra la Rusia y la Inglaterra, ora con la Rusia contra la Inglaterra y el Austria.

En el primer caso, la Francia habria obtenido la estension de su territorio en Savoya, en Suiza y en las provincias prusó-renanas, por concesiones hechas al Austria en Italia, en el bajo Danubio y en litoral del Adriático.

En el segundo caso, la Francia habria estrechado y ahogado al Austria entre sí y la Rusia, desbordándose libremente en Italia, recobrado la Bélgica y las fronteras del Rhin, y ejercido influencia en España, ásegurándole estas conquistas la concesion de Constantinopla, el mar Negro, los Dardanelos y el Adriático á la ambicion rusa. Esta alianza es el grito de la naturaleza; la revelacion de la geografia; la alianza de guerra para las eventualidades del porvenir de dos grandes naciones; el equilibrio de la paz por medio de dos grandes pesos á las estremidades del continente, que deberian contener su centro y relegar á la Inglaterra como potencia satélite sobre el Oceano y el Asia.

A cualquiera de estas alianzas ofrecia garantías la restauracion por su naturaleza monárquica y anti-revolucionaria: como de la familia legítima de los reyes tenia el parentesco de los tronos, y no podia amenazarlos sin trastornar su propia naturaleza.

IX.

La dinastía de Orleans bien hubiera querido llevar consigo estas condiciones de seguridad moral para las casas reinantes, y naturalizarse pronto en las familias soberanas, pero tenia dos tachas sobre sí que la hacian reconocer y temer:

una apariencia de usurpacion en su advenimiento al trono, y una naturaleza semi-revolucionaria en su eleccion popular de 1830. La Rusia rechazaba sus insinuaciones; el Austria se hacia pagar cara su tolerancia; la Prusia la observaba: únicamente era aceptada por la Inglaterra, pero con condiciones de dependencia, y algunas veces de humillante complicidad con la politica británica. Aquella dinastía, odiosa á la revolucion que habia falseado; sospechosa á los pueblos que nada esperaban de ella; inquietante para los reyes que la acusaban de haber usurpado el trono, no podia tener otra politica que una persona aislada, temporal, de treguas con todo el mundo, pero con nadie de alianzas. Su misma caída, aun cuando alarmase á los reyes, les causaba una especie de satisfaccion secreta, en contradiccion con su interes, pero en armonía con su naturaleza. La revolucion de Febrero era á sus ojos una expiacion, y aun cuando con aquella sufriese un contratiempo su politica, dilatábase su corazon con la venganza.

La Rusia, que no tenia ningun contacto con la Francia, no se inquietaba mucho por la revolucion de Paris, pues estaba bien convencida de la imposibilidad material de la intervencion de la Francia en Polonia mientras que la Alemania no le abriese el camino y auxiliase la independencia de los polacos.

Por el contrario, el Austria debía alarmarse de la revolucion de Febrero; pero el eminente hombre de estado, el príncipe de Metternich, que gobernaba hacia treinta años la monarquía austriaca, seguía desde mucho antes de aquel movimiento una política senil que lo sumergía

todo en su letargo y que permitía á la fatalidad monárquica gobernar en su lugar. Hombre de gran esperiencia, pero lleno de cansancio, habia visto con tanta frecuencia á la fortuna abandonar y volver á favorecer al Austria, que no se ocupaba ya de sus movimientos. Tambien la Hungría, la Croacia, la Galitzia, la Bohemia y la Italia se agitaban y desconcertaban bajo su gobierno, tocando á su cenit la influencia de la casa de Austria. La república vino á agitar este letargo, sin disiparlo enteramente.

Pero el punto sensible, vivo y activo de la revolucion era la Rusia. La Inglaterra fundaba sobre esta córte los cimientos de su diplomacia continental, y tambien la Rusia obraba por medio de ella sobre la Alemania. Mas, disgustados los pueblos prusianos del ascendiente que el gabinete británico ejercía sobre ellos, humillados de la omnipotencia rusa, inquietados por la ambicion de gobernar á la Alemania, y atacados, por medio de su provincia renana, del contagio de las ideas liberales, se inclinaban de parte de la Francia, arrastrando hácia ella á sus hombres de estado. La república les parecia el cumplimiento del doble destino de la Prusia; el sistema constitucional, en vez de la monarquía militar; la influencia sobre el Austria, en vez de un papel secundario, poco en armonía con su civilizacion y con su ejército. La inquietud que la Prusia podia concebir sobre las provincias del Rin no era bastante á turbar el gozo de la ambicion nacional, pues aunque debiera perderlas para ser agregadas al centro frances, entreveía compensaciones en Alemania, en el Hannover, en el Holstein y en otras partes.

X.

En cuanto á la Inglaterra, desde luego habia sido favorable á la dinastía de Orleans, porque mal cimentada debia haecr oscilar á la Francia por largo tiempo, y mantener á la Europa en un sistema de indecision y de recelo, de que el gabinete británico sabia aprovecharse en beneficio de su nacion, pero los vanos intentos y amenazas del ministerio de Mr. Thiers en 1840 de disputar á la Inglaterra su derrotero natural para las Indias y su necesario ascendiente en Egipto, enagenando la voluntad de aquella potencia, habia irritado el espíritu nacional de ambos pueblos, renovado antiguas preocupaciones, y resucitado ódios mal estinguidos. Verdad es que este ministerio habia retrocedido ante la guerra en el último momento y terminado la querrela por la nota humillante de 8 de Octubre; pero á pesar de esta reconciliacion, siempre subsistia la desconfianza.

La Inglaterra, viendo al rey levantar las fortificaciones de Paris y animar con la voz y con los ademanes el canto de la *Marsellesa*, señal de guerras estremas, se habia inclinado mas hácia la Rusia; y aunque el ministerio de Mr. Guizot le habia hecho desde luego todas las concesiones necesarias para recobrar su confianza, este ministro, grato en un principio á la Inglaterra, porque parecia haber sido formado solo el modelo de los hombres de Estado de la Gran-Bretaña, y porque adoptaba con una gran ativez y un gran talento el papel de un tor y de la revo-

lucion, habia perdido tambien bastante en el ánimo de los ingleses.

Embajador en Lóndres durante el ministerio belicoso de Mr. Thiers, Mr. Guizot se habia hallado en la situacion eminentemente falsa de un hombre que quiere la paz y que amenaza con la guerra á sus amigos por una mala causa. Llamado á Francia por el rey y por los conservadores para reparar faltas de que él mismo habia sido cómplice como miembro de la coalicion parlamentaria en Paris y como embajador en Lóndres, su posicion era falsa en Francia y mas falsa aún en Inglaterra, pues necesitaba á un mismo tiempo sostener y repudiar hasta cierto punto lo que en la oposicion habia dicho en la tribuna, y lo que, como agente del ministerio de 1840, habia hecho en Lóndres; necesitaba ademas, á á vez tranquilizar, halagar, pacificar al partido conservador, del que habia llegado á ser gefe. No hay genio humano que esté á la altura de una situacion falsa. Mr. Guizot, concediendo enteramente la razon á la Inglaterra en la cuestion de Egipto, se veia impulsado á inquietarla con una lucha de influencia en España, por la necesidad de reconquistar cierta popularidad. De este modo servia ó lisonjeaba tambien la ambicion del rey, dejándole entrever en Madrid una corona mas para su casa.

El impolítico matrimonio del duque de Montpensier con la hermana de la reina de España, dispuesto como una intriga, descubierto como una emboscada y proclamado en seguida como una victoria, habia ofendido vivamente á la Inglaterra, y su frialdad impulsado al gabinete de las Tullerías á acercarse al Austria, haciéndole

concesiones en los negocios de Suiza, contrarias á la seguridad de la Francia, á la independencia de los pueblos, y mas aun al espíritu de la revolucion. Este matrimonio que llevaba en sí tales gérmenes de destruccion para la politica y hasta para el trono de Luis Felipe, que sorprendian á los diplomáticos, debía producir inevitablemente un rompimiento con la Inglaterra y una guerra de sucesion, en que la Francia tendria que prodigar su sangre y sus tesoros por un interes puramente dinástico. El dia en que se supo este pretendido triunfo de la dinastia de Orleans, Lamartine dijo ante muchos hombres politicos.—“La casa de Orleans dejará de reinar en Francia por haber querido reinar tambien en España. Antes de dos años se verificará la revolucion en Paris.”

XI.

La Inglaterra debía, pues, ver sin pena hundirse una dinastia que, despues de haberla lisonjeado largo tiempo, la habia amenazado una vez en Egipto y engañado otra en España. La noticia del establecimiento de república fué por tanto recibida en Lóndres sin repugnancia. Los hombres de estado de Inglaterra eran bastante imparciales, bastante sensatos, y estaban demasiado versados en la historia para no comprender que cincuenta años de revolucion, de esperiencia, de libertad y de progreso en la razon pública, introducirian entre la nueva república y la república de 1793, la diferencia que existe entre la razon y la cólera, entre una explosion y una institucion. Una nacion como la

Francia no dá á su revolucion sino lo que tiene en su naturaleza: la república del 24 de Febrero no podia ser otra cosa que la Francia del dia anterior, pasando á sus instituciones del dia siguiente.

En las disposiciones de la Inglaterra se hallaba cifrada toda la cuestion de paz ó de guerra para la república. No es posible coalicion alguna de las naciones si la Inglaterra no la fomenta, porque tiene á su sueldo al continente desde el momento en que se arma: sin ella toda guerra continental no puede ser mas que parcial. No pudiendo inquietar á la Francia ninguna guerra de esta clase, la paz era, por consiguiente, posible; pero para que fuese verdadera se necesitaban dos cosas: respetar la Bélgica, cuya independencia era á un mismo tiempo un interes ingles y un interes prusiano, y á la Alemania, cuya violacion por la Francia habria armado contra ella al Austria, aliada á la Inglaterra y á la Rusia.

En cuanto á la España, la caida de la dinastia de Orleans desvanecia las pretensiones rivales de la Francia y de la Inglaterra al otro lado de los Pirineos.

La Italia no se agitaba aun, y únicamente comenzaba á pedir á sus principes el primer grado de libertad por medio de instituciones constitucionales, y el primer grado de independencia italiana, por medio de una confederacion de sus diversos y pequeños estados.

Pero si era facil á los hombres de estado comprender esta situacion de la Europa, y la feliz coincidencia de la república con unas circunstancias europeas que permitian conservar

la paz en el continente, no lo era tanto hacer comprender á una revolucion nueva y ardiente que era necesario se contuviese, se encerrase en su país, y brillase desde él sobre el horizonte de los pueblos, sin desbordarse sobre otros estados, y sin incendiarlos al instante. Los tratados de 1815 pesaban fatalmente en los recuerdos de la Francia: los desastres de 1813, de 1814 y de 1815 se habian acumulado como remordimientos de la gloria en el corazon de las poblaciones; y ella, tan esencialmente militar, estaba, no solo cansada de la paz, sino humillada por su causa. La revolucion parecia abrir por sí misma las puertas del templo de la guerra; el ejército la deseaba vivamente; el pueblo la cantaba; el exceso de brazos ociosos y activos la motivaban y hasta la fraternidad por la emancipacion de las naciones oprimidas parecia santificarla; el ódio de los republicanos reflexivos contra los tronos la hacia reclamar por la pasion; los labios y las acciones de hombres de estado violento proclamábanla á la multitud; y en fin, hasta los hombres de estado empíricos veian en la guerra un recurso precioso que se debía aprovechar para desembarazarse de los revolucionarios de las ciudades; para hacer una feliz diversion á las agitaciones interiores, y para arrojar sobre las fronteras los tizones de la hoguera, que ésta devoraria en el interior, si no se echaban sobre el continente. Las revoluciones no duran mas que una hora, decian para justificar sus pretensiones, y es menester aprovecharlas mientras arden, porque cuando se han estinguido, se las ahoga con los pies. Las revoluciones desenfrenadas no duran, en

efecto, mas que una hora, les respondian los hombres sensatos del partido de la paz; pero las revoluciones humanas, moderadas y reflexivas, tienen años y siglos ante sí: no juegan la suerte de la libertad y del progreso de los pueblos á una carta en un acceso de energia inmoral, sino á golpe seguro, y cuando tienen de su parte el derecho, la razon, la justicia de su causa, á los pueblos y á Dios.

XII.

Convencido Lamartine de estas verdades, tenia tambien el convencimiento de que si la Francia tomaba la iniciativa del ataque, esta agresion seria el pretexto y la señal inevitable de una coalicion de los ejércitos y de una liga de los reyes contra la república. No dudaba de que la energia acumulada de la Francia triunfaria por mucho tiempo de esta coalicion; pero la historia y su buen sentido le decian que la guerra ofensiva de un pueblo contra todos los demas acaba tarde ó temprano por una invasion, aun cuando este pueblo tenga un ejército como el de Napoleon y una cabeza como la suya para conducirlo. La república, ocasionando la invasion de la Francia, retardaba medio siglo la libertad: ademas, y en esto se cifraba todo su pensamiento, Lamartine sabia por la historia y por la naturaleza, que la guerra de un solo pueblo contra todos los demas es una guerra extrema y desesperada; que toda guerra extrema y desesperada exige en la nacion que la sostiene esfuerzos tan extremos y tan desesperados como la misma guerra; que esfuerzos y medios de es-

ta naturaleza no pueden emplearse sino por un gobierno estremo y desesperado tambien, y que estos medios son los impuestos escesivos de dinero y de sangre, los empréstitos forzosos, el papel moneda, las proscripciones, los tribunales revolucionarios y los cadalsos. Inaugurar la república con tal gobierno, era inaugurar la tiranía en vez de la libertad; el crimen en vez de la virtud pública; la ruina del pueblo en vez de su salvacion, y Lamartine y sus colegas habrian preferido entregar sus cabezas á la revolucion á que derramase una sola gota de sangre del pueblo.

Lamartine tenia ademas una fé absoluta en el poder de la honradez y del derecho en política: sabia que todas las guerras no eran mas que espiaciones de las injusticias de los pueblos entre sí, y estaba persuadido de que la justicia y el respeto de la república para con las naciones vecinas serian para la Francia dos ejércitos que cubrirían mejor sus fronteras que dos millones de hombres, y que propagarian mas las ideas democráticas que el estampido del cañon. La Francia es amada de las demas naciones: las simpatías que inspira por su inteligencia, su carácter y su genio es una de sus grandes fuerzas en el mundo: la Francia desarmada es aun objeto de afecto en el universo. Cambiar este prestigio nacional de afecto y de atraccion en temor y horror á sus armas, es desfigurar, hacer desconocer á la nacion: el miedo que puede inspirar por algunos momentos, no vale tanto como el poder de simpatía de que Dios la ha dotado.

Lo mismo sucedia con la democracia, que iba á hacer una nueva prueba del poder del conta-

gio moral en el espíritu de los pueblos. Lamartine presentia con mucha exactitud que si la democracia francesa era agresiva, y desde el primer dia se dejaba desnaturalizar por el espíritu de conquista, ó confundir con la ambicion nacional, rechazaria, en vez de atraer prosélitos. El principio de patriotismo domina en todos los hombres al principio de libertad interior: mas bien que perder su nacionalidad los pueblos, perderian sus instituciones liberales, y los soberanos los tendrian de su parte en el momento en que pudiesen mostrarles una bayoneta francesa invadiendo su territorio. Por otra parte, ¿cuál era la naturaleza de la revolucion de Febrero? ¿Era una revolucion territorial, ó una revolucion de ideas? Evidentemente una revolucion de ideas, una cuestion de gobierno interior. Convertirla en revolucion territorial, militar y conquistadora, era debilitarla en sus principios, desnaturalizarla y hacerla traicion. Cien leguas de estension al territorio frances no la habrian hecho abandonar una idea. Era menester, pues, declararla fraternal é inofensiva para con las naciones, cualquiera que fuese su gobierno, era despótico ó monárquico, ora misto ó republicano.

Pero estas ideas eran demasiado filosóficas para penetrar por sí mismas en las masas sublevadas é impacientes por desbordarse sobre la Europa, si solo las hubiese anunciado la voz de un ministro de negocios estrangeros ó de un gobierno. Felizmente fueron apoyadas por los hombres influyentes de todos los partidos filosóficos, y aun de los socialistas, á los que la historia debe la justicia de haber secundado entonces leal y poderosamente las ideas de fraternidad y de

paz. Hasta los obreros, predisuestos á la guerra por su ardor y su valor, fueron atraídos, por medio de sus mismas doctrinas y teorías, á sentimientos pacíficos. La idea de la organizacion del trabajo amortiguó la idea de la guerra en las masas: el socialismo ahogó el deseo de conquistas, y el pueblo comprendió la razon.

XIII.

Antes de someter estas ideas al gobierno provisional, Lamartine dirigió á todos los agentes diplomáticos una comunicacion corta y vaga, ordenándoles que diesen conocimiento del establecimiento de la república á las diferentes córtes cerca de las cuales residian.

“La república, decia á sus agentes, no ha cambiado la situacion de la Francia en Europa, y está dispuesta á renovar sus relaciones con las demas naciones.”

Esta frase, deslizada á propósito en la primera comunicacion, tenia por objeto tranquilizar á los gobiernos y á los pueblos sobre el carácter de civilizacion que la nueva república queria dar á la política estrangera.

Lamartine reunió á todos los empleados del ministerio:—“Tranquilizaos, les dijo; yo represento á una revolucion, pero á una revolucion paternal: los que quieran servir lealmente á la república, serán conservados en sus puestos. La patria no ha desaparecido con el trono. Los diplomáticos son como los soldados; su punto de reunion es la bandera, y su deber constante la defensa y la grandeza de la nacion en el exterior.”

Sin embargo, una revolucion en el momento en que acaba de verificarse, sin hacerse traicion á sí misma, no puede confiar sus secretos y el cuidado de salvarla á los que el dia antes debian temerla y combatirla. Lamartine no queria alterar el mecanismo y el personal de la administracion central de los negocios estrangeros, que el tiempo habia organizado y que contaba en su seno hombres fieles, especiales, prácticos y eminentes. Los dejó, pues, en sus puestos sin hacer nada ú ocupados solo en trabajos de pura formalidad, y reconcentró en su secretaria particular ó en sí solo todos los secretos de la diplomacia de la república.

Pero estos hombres, tanto mas patriotas de corazon cuanto mas exclusivamente tienen dedicado su ánimo á los intereses permanentes del pais, no tardaron en adherirse con todo su patriotismo á la república, como representacion del orden y del pais, y hasta los mismos que por un escrúpulo de delicadeza se habian retirado voluntariamente de sus puestos, como el consumado director de la parte política, Mr. Desages, suministraron al gobierno las tradiciones y las luces que poseían. MM. de Vielcastel, Brennier, Cintra y Lesseps, permanecieron á la cabeza de las diferentes secciones del ministerio, prestando á la república con infatigable afán grandes servicios durante el prolongado tumulto de acontecimientos y de asaltos, en que el palacio de negocios estrangeros era á la vez un ministerio y un campamento.